

Roma

Eleonora Marangoni

Colección ¡Buen viaje!, 3

© L'arbre qui marche, 2025

Publicado originalmente en Francia por L'arbre qui marche
bajo el título de *Rome*

© del texto, Eleonora Marangoni, 2025

© de la traducción del italiano, Álda Ares, 2025

© de esta edición, Festina Lente Ediciones, SLU, 2025

Todos los derechos reservados

Primera edición: septiembre, 2025

Publicado por La Línea del Horizonte Ediciones

C/ Mesón de Paredes, 73, 28012 (Madrid, España)

www.lalineadelhorizonte.com | info@lalineadelhorizonte.com

Coordinación editorial: Miguel S. Salas

Corrección: Luis Porras Vila

Diseño gráfico y de cubierta: Sébastien Jenger – Primo&Primo

Diseño de interiores: Nord Compo

Ilustración de cubierta: *Jardín de los Naranjos, Monte Aventino,*

Sébastien Jenger – Primo&Primo

Retrato del autor: Iris Hatzfeld

Infografía: Lætitia Perotin – Primo&Primo

Diseño de mapas: Nicolas Jan

Adaptación al español: La Línea del Horizonte Ediciones

ISBN: 978-84-129013-8-2 | Thema: WTL, 1DST-IT-TZR

Depósito legal: M-16583-2025

Imprime: Estugraf | Impreso en España

Este libro ha sido impreso en papel ecológico, cuya materia prima proviene
de una gestión forestal sostenible.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada
con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Roma

Eleonora Marangoni

Traducción de Álida Ares



Introducción

Hay muchas cosas, cuando se trata de Roma, de las que resulta difícil hablar. De su luz, por ejemplo, porque no se asemeja a otra ninguna. De su relación con el tiempo, porque aquí el pasado nunca ha terminado y el futuro quién sabe si nunca llegará. Desde hace 2776 años vivimos al día: no ha pasado uno, desde 1847, sin que el cañón del Janículo retumbe a las doce en punto¹ y sin que nos preguntemos de qué puede estar hecho el presente de una ciudad en la que los instantes se han convertido en milenios y se ve obligada a recordar cada día lo que fue y lo que ya no es.

Resulta difícil también hablar de su relación con el clima, porque ve a explicarle a un extranjero, o incluso a un florentino o a un milanés, que en Roma cuando llueve se anulan las citas, la ciudad se paraliza y cualquier excusa vale para evitar cumplir con el

¹ El disparo del cañón desde la colina del Janículo (it. Colle del Gianicolo), uno de los puntos panorámicos más sugestivos de la ciudad de Roma, es un rito que se repite tradicionalmente cada día a las doce en punto. Fue instaurado por el papa Pío X el 1 de diciembre de 1847. Hasta 1903 el cañón estuvo situado en el castillo de Sant'Angelo, pero el 24 de enero de 1904 se trasladó definitivamente al Janículo. [N. de la T.]

deber, para hacer perder el rastro. Ve y explícale a alguien que vive en otro lugar que, en primavera, en Roma no solo florecen los jardines, sino las avenidas, las terrazas, las conversaciones, las opiniones, las paradas de autobús a las que el autobús no llega o bien acaba de pasar y lo que no debería ser más que un lugar de tránsito se convierte en espacio de meditación con olor a tilos y a jazmines. Y, ya que estáis en ello, intentad explicarle también a esa misma persona que aquí el invierno puede ser atroz incluso cuando no hace frío, o tal vez precisamente porque no hace frío, ya que esta ciudad no es capaz de ser mínimamente nórdica ni por un instante y, cuando se queda sin luz, sin sol, sin bandadas de pájaros, sin hojas adheridas a las ramas, tiende a olvidarse de todo, no siente piedad ni ternura por sí misma ni por los que la rodean. Quizás por eso la Navidad en Roma es la época más triste del año: las decoraciones parecen siempre demasiadas o demasiado pocas, mal elegidas, fuera de lugar. Se respira un aire de derrota, a excepción de la Nochebuena o del día 26, siempre y cuando uno se apresure a refugiarse en un cine. Todos los demás días, cada esquina, cada edificio, cada calle parece decirnos: ya hemos tenido suficiente del año viejo, ahora pasemos página. Sentimos nostalgia de todo, pero no sentimos piedad por nada.

Es difícil incluso hablar de su nombre, Roma, porque no está claro qué significa. Nadie lo sabe a ciencia cierta. Algunos consideran que deriva del etrusco *ron*, «teta, mamilla», por la loba que amamantó a Rómulo y Remo, los dos gemelos con los que empezó

todo; otros lo relacionan con el nombre arcaico del río Tíber, *rumen*, que a su vez deriva del verbo *ruo*, «fluir». Los aficionados a la mitología están convencidos de que tiene que ver con el desembarco de Eneas en el Lacio y dicen que viene de *romé*, que en griego significa «fuerza». Sin duda es un nombre magnífico, ROMA, cuatro letras que se combinan de un modo envidiable. Un

☞ Sin duda es un nombre magnífico, ROMA, cuatro letras que se combinan de un modo envidiable. Un nombre sencillo y potente a la vez, al que si le das la vuelta se convierte en AMOR ☞

nombre sencillo y potente a la vez, al que si le das la vuelta se convierte en AMOR. ¿Y acaso hay algo más difícil que hablar del amor? Incluso al revés, Roma conserva intacto su misterio.

Pero como por alguna parte habrá que empezar, lo mejor es recurrir a los números: 1285 son sus kilómetros cuadrados; 2,87 millones, su población; 2236, la media de habitantes por kilómetro cuadrado (son pocos, muy pocos —la cuarta parte de los de Nápoles, la décima de los de París— porque en Roma, entre un barrio y otro, a menudo hay un espacio vacío, y otras veces, al conducir por antiguas calles empedradas o por rotondas demasiado nuevas, decimos con un suspiro, indicando algunos bloques de pisos: «Aquí, antes, todo era campo»); dos millones de metros cuadrados es su prolongación subterránea, ya que en esta ciudad lo que ha sido no solo permanece, sino que sale a la luz en cuanto se

excava, y por eso tampoco podemos pensar en tener una línea de metro decente y ni siquiera podemos esconder la cabeza en la arena como hacen los avestruces, porque corremos el riesgo de chocar con un capitel, con la pared de una *domus* o de encontrar tesoros ocultos que crean inconvenientes y problemas y que llevan milenios esperando a que alguien los saque a la luz; 15 son sus municipios, o mejor dicho XV, porque, claro está, aquí las cifras se escriben en números romanos. Viéndolos en un mapa, un observador desprevenido podría confundirlos con distritos, pero se equivocaría. Los municipios son tan grandes como ciudades enteras y son una división meramente administrativa. A nadie se le ocurriría decir por su municipio «vivo en el tercero», «me traslado al primero», como seguramente harían en París, Montreal o Brazzaville refiriéndose a los distritos. Por último, el número más importante de todos: el 7, como los siete reyes que la gobernaron en época romana; 7 como sus antiguos caminos consulares² («todos los caminos llevan a Roma», se dice a menudo y, desde Roma, ya en época romana, se podía llegar lejísimos); 7 como las colinas sobre las que fue edificada la ciudad. En esas siete colinas comenzó todo, y quizás nos conviene empezar por ahí; si bien, de todos modos, el intento será en parte vano. Es inevitable que lo sea. En primer lugar, por una cuestión de espacio: hay que tener en cuenta que las siete colinas de Roma están

2 Los «caminos consulares» son *vías de comunicación de la antigua Roma que fueron construidas por orden de los cónsules*, sea por motivos militares o por razones económicas. [N. de la T.]

comprendidas en el Municipio I y se necesitarían otros catorce libros para hablar exhaustivamente de una ciudad que contiene un Estado (Ciudad del Vaticano), que se contradice a cada minuto que pasa, una ciudad que cuando crees que la conoces, doblas la esquina y, de pronto, es completamente distinta, una ciudad que es tan extensa como Turín, Milán, Bolonia, Génova, Florencia, Nápoles, Palermo y Catania juntas. Y, en segundo lugar, por una cuestión de tiempo: Roma es más antigua que Jesucristo y a lo largo de los siglos ha acumulado tantos estratos, tantos triunfos y derrotas, que una vida entera no bastaría ni siquiera para contarlos con los dedos.

Roma antigua, Roma medieval, Roma papalina, Roma renacentista, Roma barroca, la Roma de *La dolce vita*, la del Jubileo, la de la Associazione Sportiva Roma y la del Lacio; la Roma de los Juegos Olímpicos y la de los Campeonatos Internacionales de Tenis, la Roma de *La grande bellezza*, la de la especulación propiciada por Airbnb, que nadie sabe cómo detener, y la de la basura que nadie consigue eliminar; la Roma de los que se visten de centuriones, la de los clanes mafiosos y la del «pizzo»³ a los locales; la Roma de los embajadores, de los honorables, de las monjas, de los *palazzinari*,⁴ de los cineastas, de los estilistas, de los jóvenes en vespa y de los afiladores de cuchillos en sus motocarros; la Roma de la casquería,

3 La «mordida» de los clanes mafiosos a los locales. [N. de la T.]

4 Término despreciativo que deriva de *palazzo* con el significado de «edificio», referido a los especuladores edilicios de dudosa reputación que operan de manera fraudulenta. [N. de la T.]

de las alcachofas, del vino de los Castelli,⁵ de los filetes de bacalao y de la pizza «al taglio». Cada una de ellas ha tenido su momento de gloria y su

☞ El fin de Roma ha tenido lugar ya varias veces en los últimos dos milenios. Pero no hubo nadie que se lo tomara en serio: todos tenían cosas mejores en qué pensar ☞

caída, cada una está junto, encima, dentro de otra, obstinada y vencida como es inevitable que sea. Y, sin embargo, todas ellas, a su manera, permanecen y resisten, llevan tantos años existiendo que todo hace pensar que nunca dejarán de estar ahí ni de

desmentirse unas a otras. Y seguramente encontrarán la manera de colarse en estas páginas, de saltar de una colina a otra y de hacerse valer. Es el destino de Roma, que siempre se ha llamado «la ciudad eterna», no porque no tenga fin, sino porque ya no lo teme. Como advertirá cualquiera que venga, antes o después de leer estas páginas, el fin de Roma ha tenido lugar ya varias veces en los últimos dos milenios. Pero no hubo nadie que se lo tomara en serio: todos tenían cosas mejores en qué pensar.

5 Los Castelli Romani son un conjunto de poblaciones situadas en las colinas Albanas, a 20 kilómetros de Roma, que crecieron en torno a castillos (de ahí su nombre) o a mansiones (Villa Torlonia, Tuscolana o Aldobrandini, entre otras). Son famosos por su belleza arqueológica y paisajística (parques, lagos volcánicos). El más famoso es Castel Gandolfo, donde se encuentra la residencia veraniega del papa. [N. de la T.]



Aventino

Siempre es así, que yo sepa: cada vez que alguien busca casa, ya sea en venta o alquiler, para sí mismo o para otra persona; cuando se habla de barrios donde sería agradable despertarse y volver a casa por la noche; cuando se miran anuncios, se imagina el futuro y se consultan agencias o portales inmobiliarios en la red; cuando se evalúan los pros y los contras de vivir en el norte, en el sur, en el centro o justo a las afueras del GRA,⁶ siempre hay alguien que, en un momento determinado, dice: «Y luego está el Aventino». Normalmente lo dice a media voz, con respeto; no en tono provocador, sino como el de un esteta. Lo dice porque hay que decirlo, sabiendo que es un lugar que, si se habla sobre dónde sería agradable vivir, hay que mencionarlo por fuerza. Y sabiendo, al mismo tiempo, que difícilmente se hará realidad, ya sea por el precio del metro cuadrado, por el hecho de que quienes tienen una casa allí se aferran a ella, por su falta de «servicios» o por cierta tendencia

6 El GRA («Grande Raccordo Anulare») es un anillo vial que rodea la ciudad de Roma y que conecta las principales carreteras radiales. [N. de la T.]

del barrio a mantenerse a distancia. La suya es una austeridad «romana», mediterránea, hecha de luz, piedra y verdor. Una austeridad muy dulce por tanto, sin asperezas, construida sobre la belleza pura de calles y edificios nacidos y conservados en estado de gracia. El Aventino se nombra como se hace con los santos, los unicornios, los cometas: se respeta su nombre, sabiendo, en el fondo, que allí no habrá ninguna chance real para nosotros.

A quienes no lo conocen les conviene imaginarlo por sustracción. Olvidar que apenas al otro lado del río se encuentra Trastevere con sus característicos callejones; que justo a sus pies se halla el barrio de Testaccio, con su mercado, su bonita plaza de pueblo y sus viviendas sociales. Dejar de lado el centro, no obstante esté muy cerca: aquí no hay calles pintorescas, ni plazas animadas, ni iglesias barrocas. Renunciar a los «sampietrini»⁷ bailarines, al tintineo de los platillos de café en los mostradores de los bares y al vocerío de las tiendas (que lamentablemente están desapareciendo incluso en el centro histórico, pero que aquí nunca existieron). ¿Qué queda de Roma si quitamos todo eso? La piedra, la luz, el verdor.

En la época de la fundación de la ciudad, el Aventino era la colina que se hallaba más al sur y a la que era más difícil llegar. Este carácter reservado, y en cierto modo aislado, se mantiene todavía hoy, aunque sea un barrio que se halla a pocos pasos del centro. La ciudad, ahora inmensa, lo envuelve por

7 Las calles del centro están empedradas con adoquines, los llamados *sampietrini*. [N. de la T.]

todas partes; pero, aun así, en su corazón continúa siendo un lugar aparte, «otro», una ramificación que se mantiene ajena a las características más típicas de la romanidad. Por ejemplo, en el Aventino no solo no hay tráfico, sino que apenas hay ruido. Aquí se habla, no se grita; se pasa, no se detiene uno. Se camina por sus calles respirando el aire y el silencio, subiendo o bajando por avenidas que nunca son demasiado empinadas ni del todo planas, donde se suceden, uno tras otro, graciosos edificios rodeados de árboles y patios recoletos. En estas casas, en estos jardines, uno se imagina la vida de parejas discretas y familias pacíficas, a monjas y sacerdotes reunidos en oración, nidos de pájaros escondidos entre las ramas, a estudiosos barbilampiños o centenarios inclinados sobre sus libros, y a recién nacidos descansando en habitaciones con los suelos de baldosas de mármol floreadas.

Al otro lado de una gran avenida que lleva el mismo nombre de la colina, se encuentra San Saba, también llamado el «pequeño Aventino». Pero aquí ya hay un par de restaurantes, una carnicería, una tienda de reparación de coches, una discoteca y una frutería. En el Aventino, en cambio, no hay nada. Es un reino de espacios vacíos, un oasis de paz. Se podría decir que es un lugar donde el tiempo se ha detenido; pero no sería exacto: aquí el tiempo en cierto sentido

☞ Es un lugar de ensueño lleno de espejismos y quizás es la única área urbana en la que Roma reflexiona sobre su espiritualidad ☞

no existe. Es un lugar de ensueño lleno de espejismos y quizás —sin contar el Vaticano, que es un Estado aparte, por lo que no sería un ejemplo válido— es la única área urbana en la que Roma reflexiona sobre su espiritualidad.

La leyenda es bien conocida: Rómulo y Remo, que por orden del rey Amulio debían ser asesinados por un sirviente, fueron abandonados en una cesta, salvados por una loba, alimentados por un pájaro carpintero y criados por un pastor. Tiempo después, tras tomar conciencia de sus nobles orígenes, deciden fundar una ciudad. A Rómulo le gustaría llamarla *Roma*; a Remo, *Remoria*. Relata Tito Livio en *Ab Urbe Condita*: «para que los dioses que protegían aquellos lugares eligieran, mediante signos de buenos auspicios, quién era el que debía dar el nombre a la nueva ciudad y, una vez fundada, gobernarla, Rómulo ocupó el Palatino y Remo el Aventino, como puntos desde los que observar los auspicios». El desafío consistía en saber cuál de los dos sería capaz de ver más pájaros en vuelo. Remo vio inmediatamente seis buitres; Rómulo, poco después, vio el doble. El primero se proclamó vencedor, porque los había avistado primero, el segundo replicó que el vencedor era él, porque había visto un número mayor. Se desató una disputa y Remo perdió la vida (a manos de Rómulo, según una versión; en la refriega, según otra). Era el año 753 a. C. y Rómulo se proclamó primer rey de Roma. Así fue como el Aventino, la colina que Remo había elegido como su lugar de observación, entró en la historia como la tierra de un rey que no llegó a

serlo, como algo que pudo haber sido y nunca sería. Hasta el final de la época republicana, el Aventino fue considerado un lugar de plebeyos: se contraponía al Palatino, donde, sin embargo, se habían ido a establecer los nobles patricios. Con el tiempo, la historia reequilibraría sus suertes: hoy el Palatino es un museo al aire libre en el que ya no vive nadie, mientras que el Aventino se ha convertido en un barrio codiciado como antaño lo había sido el otro.

En la antigua Roma, durante la época republicana, los plebeyos se retiraron (físicamente) al monte Aventino para protestar contra la opresión de los patricios. Durante el fascismo, los diputados de la oposición se retiraron (metafóricamente) al Aventino en 1924, durante el gobierno de Mussolini, tras el asesinato del diputado socialista Giacomo Matteotti. Incluso hoy, en el lenguaje político, la expresión «retirarse al Aventino» significa «aislarse», no aceptar compromisos en nombre de la defensa de la propia posición social o política. Dicho así, uno lo imagina como un eremitorio inalcanzable; pero, en realidad, el Aventino es un relieve de poco más de cuarenta metros de altitud. Su ubicación al sur del centro, con vistas al Tíber, ofrece uno de los panoramas más bellos de la ciudad. En 1835, William Turner lo retrató en un cuadro. Si no fuera por las orillas del río antaño cristalinas, las barcas amarradas en sus márgenes y los trajes decimonónicos de los personajes en primer plano, se podría decir que no ha cambiado mucho desde entonces. Los protagonistas del cuadro *From Mount Aventine* son dos presencias inmanentes: la

luz del día (Turner eligió el amanecer, al parecer para celebrar el fin de la dominación napoleónica y, por tanto, el renacimiento) y un pino marítimo.

Ya en aquella época, esta era una ciudad de ruinas y verdor. Roma no es un lugar en el que se hayan plantado árboles después de ser construida, es un lugar en el que a menudo se construyó en torno a

☛☛ **El tejido urbano es el negativo del bosque, de la arboleda, de la pradera sin límites que esta ciudad ha sido y aún sigue siendo** ☛☛

la vegetación, *no obstante* la vegetación, desde el corazón mismo de la vegetación. El tejido urbano es el negativo del bosque, de la arboleda, de la pradera sin límites que esta ciudad ha sido y aún sigue siendo

de algún modo. El pino de Turner, majestuoso, tiene en torno tierra, arbustos y matas de alcaparras y a sus pies la ciudad y su río. No hay árbol más romano que este: su corteza gruesa, sus ramas de formas orgánicas, libres, que se extienden y crecen siguiendo la historia de la luz y el tiempo que pasa sobre ellas, son uno de los símbolos de la ciudad. Maeterlinck escribió a principios del siglo xx que «quien haya visto los pinos de Roma nunca los olvidará y los reconocerá sin dificultad entre árboles similares en una tierra menos sagrada. Ellos han sido ornamento y testigos de cosas incomparables. Siguen siendo inseparables de los acueductos dispersos, de los mausoleos descoronados, de los arcos partidos, de las columnas rotas que forman el decorado de un paisaje majestuoso y desolado. Ellos han adquirido el estilo de los mármoles

eternos a los que rodean de silencio y respeto [...]. Ellos son y se sienten romanos».⁸

En 1924, Ottorino Respighi compuso cuatro diversas sinfonías dedicadas a otros tantos «pinos de Roma». Entre ellos, los pinos de Villa Borghese, en torno a los que juegan los niños; los nocturnos, junto a un pequeño templo en el Janículo; los brumosos al amanecer en Vía Apia mientras una legión romana marcha hacia la ciudad; los estáticos, que rodean las catacumbas en una campiña que, entre tanto, se ha convertido en ciudad. Quién sabe qué sonido tendría el pino del Aventino si le hubieran compuesto también un aria para él. Imagino una melodía entresonada, lenta y vital al mismo tiempo, a la que no le faltaran trinos, pero que estuviera hecha, sobre todo, de pausas y melancolía.

Desde hace algún tiempo, sin embargo, en Roma ni siquiera los pinos son los mismos. La culpa es de la cochinilla tortuga, un parásito invasor que llevamos años intentando combatir. La *Toumeyella parvicornis* es originaria de Norteamérica, fue avistada por primera vez en Nápoles en 2014, y en Roma ha destruido miles de pinos: los de Castel Porziano, el pinar del presidente de la República —6000 hectáreas en la linde entre Roma y Ostia—; los de Via Colombo, la carretera que une la ciudad con el mar; los de Vía dei Fori Imperiali, los de la colina de Janículo y los de Villa Borghese y muchas otras villas. El follaje afectado de sus copas se vuelve ralo y arrugado, las

8 *Le Donile Jardin*, París, Ed. Fasquelle, 1904.

ramas se secan y las agujas pasan del color verde al marrón oscuro. Esos pinos, condenados a convertirse en esqueletos, restos de sí mismos, son talados, y de ellos solo quedan los tocones con sus raíces hundidas en la tierra, testimonio desgarrador de un esplendor que no volverá. Ahora parece que se ha encontrado el remedio, pero los que han perecido son innumerables, y los troncos cortados de los pinos —junto con los agujeros en el asfalto— son una clara señal de cierta decadencia de Roma: la prueba de que había algo allí que ahora ya no está.

Recuerdo un pino enorme y majestuoso que se veía desde la terraza del edificio en el que se encuentra mi casa, en Via Panisperna in Monti. Dominaba todo: las casas, las palmeras, las antenas, los acondicionadores de aire. Hace un par de años, él también enfermó y fue abatido, dejando en torno un vacío que solo quien se había habituado a su presencia puede lamentar del modo justo. No exagero cuando digo que echo de menos aquel árbol como podría echar de menos a un amigo. Y, desde entonces, cuando subo a la terraza a trabajar o a tender la ropa, suelo sen-

tarme dando la espalda a donde estaba él. Y aunque mañana plantaran alguna otra cosa sería lo mismo. Por lo demás ¿cómo podría ser diferente? En Roma somos así, nos cuesta sufrir recordando el pasado, nos duele demasiado, sucede demasiado, sucede

☞ En Roma somos así, nos cuesta sufrir recordando el pasado, nos duele demasiado, sucede demasiado a menudo. Preferimos hacer como que no ha sucedido ☞

demasiado a menudo. Preferimos hacer como que no ha sucedido, mirar para otro lado, sentarnos del lado opuesto, justamente. Y esta es la prueba irrefutable de que el Aventino es un mundo en sí mismo: la cochinilla no llegó aquí, tampoco ella encontró casa en este barrio. Los pinos alrededor de Santa Prisca y Sant'Alessio lucen unas copas sanas y admirables, tienen la sabiduría centenaria de las bandadas de aves que atraviesan el cielo.

En el Aventino vivió una de las más enigmáticas escritoras italianas, Cristina Campo (pseudónimo de Vittoria Guerrini). Nacida en Bolonia en 1923 y criada en Florencia, se trasladó a Roma a los treinta años, siguiendo a su padre, maestro de música, quien recibió el encargo de dirigir el Conservatorio de Santa Cecilia. Al principio no le gustaba Roma: decía que «le confundía las ideas». Pero, cuando dejó la zona del Foro Itálico para trasladarse al Aventino, encontró el lugar ideal para estar en el corazón de la ciudad y, al mismo tiempo, protegerse de ella. Al principio vivió en una pensión, para luego trasladarse con su pareja, Elemire Zolla, a Via Sant'Anselmo 3, donde permaneció toda su vida (falleció con tan solo 53 años a causa de un problema cardíaco congénito). Cada mañana acudía a Sant'Anselmo a escuchar la misa en latín acompañada de cantos gregorianos. Por la noche, reunía en su casa a filósofos e intelectuales, entre ellos Giovanni Macchia, Elena Croce, Mario Praz, Rodolfo Wilcock, Bobi Bazlen, Roberto Calasso, Pietro Citati, parte del núcleo original de la que se convertiría en la legendaria editorial Adelphi. Pero